

Muchas mujeres estamos gestando y fecundando una tierra libre

PEPA TORRES PÉREZ



Nace en Madrid y vive en el barrio de Lavapiés.

Apostólica del Corazón de Jesús.

Filóloga. Educadora Social. Animadora socio-cultural. Estudiante de Teología.

Participa en colectivos de apoyo a inmigrantes y en grupos y redes de mujeres.

Trabaja con colectivos de mujeres en situación de exclusión socio-económica y en la dinamización del tejido asociativo en este ámbito. Interesada en la aplicación de las metodologías feministas y de género en el trabajo social y dedicada al asesoramiento y la animación de seminarios, talleres y cursos con formadoras y formadores sobre este tema.

Fundadora de la Coordinadora Prisión y Sociedad, plataforma por los derechos de las mujeres en las cárceles.

Es autora de diversos materiales educativos:

"Somos tantas las mujeres y nos queda tanto por andar."

"Cuadernos de formación penitenciaria".

"Derechos humanos, derechos de las mujeres".

"...Antes de escapar las esclavas roban granos de arroz y maíz, pepitas de trigo, frijoles y semillas de calabazas. Sus enormes cabelleras hacen de graneros. Cuando llegan a los refugios abiertos en la jungla, las mujeres sacuden sus cabezas y fecundan así la tierra libre".

(EDUARDO GALEANO).

Como aquellas primeras mujeres negras que escapaban de la esclavitud cargadas de semillas clandestinas, hoy también muchas mujeres en el mundo están gestando y fecundando una tierra que aspira a ser libre.

Desde las miles de mujeres inmigrantes que cruzan las fronteras cada día jugándose la vida en el intento, pasando por: ...Las trabajadoras de las maquilas centroamericanas, que luchan contra los abusos en las cadenas de trabajo, ...Las mujeres angolanas, que organizadas en las labras, cultivan tierras inhóspitas plagadas de minas antipersonales, ...Las asiáticas del Movimiento Chipko, pioneras en el ecofeminismo, ...y muchas europeas y norteamericanas que van despertando del sueño del bienestar y se comprometen con iniciativas y organizaciones que buscan una globalización alternativa... Muchas mujeres estamos gestando y fecundando una tierra libre.

Pese a las innumerables dificultades y carrera de obstáculos que las mujeres experimentamos todavía en todo el mundo, un Kairós femenino y feminista está también aconteciendo. En palabras de la teóloga y filósofa Ivonne Guevara: *"Un viento impetuoso lleva tiempo soplando y abriendo nuestros ojos, acá y allá, modificando posturas, abriendo los brazos a nuevos abrazos y las manos para llevar otros instrumentos, impulsa los pies para dar otros pasos, alza la voz para oír su canto y su lamento. Las mujeres hemos despertado a una nueva conciencia, nos sabemos sujetos y no objeto de la historia"*.

Queremos ser plenamente artífices de ella sin mutilaciones ni reducciones, y esto es imparables, aunque a la vez nos exija estar preparadas para el abordaje de los conflictos que dicho kairós está generando.

Este nuevo momento de la historia pide de nosotras lucidez y organización en el modo de conseguir logros y pide también paciencia en los procesos y terquedad en las metas. Este kairós tiene también como consecuencia lo que algunas feministas han llamado el *síndrome del hombre perplejo*, la crisis de la masculinidad. Una crisis no buscada pero que resulta inevitable como consecuencia de las nuevas preguntas y aportaciones que las mujeres estamos haciendo en sociedades e iglesias todavía muy marcadas por el androcentrismo y el patriarcalismo.

Algunas corrientes de la antropología y la psicología nos dicen hoy que todas las personas tenemos una dimensión masculina (*animus*) y otra femenina, (*ánima*) asociadas a distintas funciones cerebrales. Una persona y una sociedad madura es aquella que mantiene el justo equilibrio entre ambas.

La tragedia del patriarcalismo consiste en que asocia de manera excluyente lo masculino a los varones y lo femenino a las mujeres, jerarquizando las diferencias e infravalorando lo segundo. Por eso a nuestras sociedades, estructuras e instituciones civiles y religiosas les falta *ánima*, lo cual perjudica a la humanidad toda, pero especialmente a las mujeres que hemos quedado reducidas a pura emocionalidad o roles de cuidado y prisioneras en el espacio privado. Vivimos en sociedades e iglesias todavía pensadas y organizadas mayo-



ritariamente por los varones y construidas sobre el sacrificio de las mujeres: el sacrificio de su visión de la realidad, de la cultura, de la ciencia, de la religión, de la espiritualidad, de la moral, de la economía, del sexo, del poder, del pensamiento, del liderazgo.

Nuestro mundo, la economía, la política, las iglesias, necesitan *ánima, cuidado*, pero

el ánimo y la ética del cuidado para que transforme realmente nuestro mundo ha de ser también rescatada del ser de los varones, descubierta, *gozada y sufrida* también por ellos. Cambiar nuestro modo de ser, estar y relacionarnos en el mundo convencidas de que *lo personal también es político*, está produciendo alteraciones profundas y muy incómodas para el sistema. Sucede como en una partida de ajedrez en la que el movimiento de un simple alfil obliga a cambiar la estrategia del juego. A medida en que las mujeres vamos desarrollando nuevos roles y papeles sociales, la organización social, económica, política y por supuesto eclesial necesitan ser revisada y transformada.

Las mujeres y los hombres en todas las Iglesias y religiones no somos ajenas a esta perplejidad y sus consecuencias. En la Iglesia católica, por ejemplo, el ministerio de las mujeres está sacudiendo el ministerio de los hombres, está cuestionando su práctica y el ejercicio de su autoridad. El malestar de muchas cristianas y cristianos en este sentido cobra dimensiones cada vez más hondas y extremas, porque en expresión de Joan Chittister *la religión que está en connivencia con el despojamiento de los pobres o la esclavización del otro en nombre del patriotismo no es sino un instrumento del estado, la religión que predica la igualdad de la mujer pero no hace nada por demostrarla en sus propias estructuras, que proclama una ontología de la igualdad, pero insiste en una eclesiología de la superioridad no está en sintonía con lo mejor de sí misma.*

La cultura patriarcal y androcéntrica somete a las mujeres, en palabras de Marcela Lagarde a un *cautiverio*, que se concreta de distintos modos según las distintas culturas. La opresión de las mujeres continua siendo hoy en nuestro mundo *multisecular* (se prolonga indefinidamente a lo largo del tiempo), *integral* (abarca todos los ámbitos de la experiencia) *pluricultural y plurireligiosa* (omnipresente en todas las religiones y culturas del mundo). Aunque las luchas de las mujeres están haciendo avanzar la historia, ésta lo sigue haciendo de manera desigual. Nacer hombre o nacer mujer sigue condicionando la vida de las personas y sus derechos humanos.

Este *cautiverio* tiene como uno de sus puntos de partida ideológicos la sustitución de la realidad de las mujeres (“las de carne y hueso” y no la mujer en abstracto) por la construcción interesada de *la esencia de lo femenino: las mujeres como seres para los otros*, carentes de singularidad propia, cuya identidad está en función

de los roles de cuidado, así frecuentemente el orden social se construye sobre el sacrificio de las mujeres, un sacrificio no elegido, sino impuesto.

Actualmente en nuestro mundo las mujeres están sacando adelante a los pueblos en situaciones de emergencia económica, política y humana. A lo largo de la historia hemos sido las agentes principales del cuidado de la vida. Seguimos siendo las “especializadas” en ello, pero es urgente un cambio de modelo. Si el cuidado no pasa a ser patrimonio de toda la humanidad, también de los varones, seguiremos *viviendo juntos pero en mundo separados*, lo cual nos continuará llevando a mantener un sistema estructuralmente injusto en perjuicio de todo el género humano.

Suena ya casi a tópico afirmar que la sobrevaloración de la racionalidad instrumental, el poder, la jerarquía, el centralismo, etc, que caracterizan a nuestras sociedades e Iglesias está vinculado al papel preponderante que en ellas han desempeñado los varones y a la consiguiente postergación o exclusión de las mujeres. Hace unos años el Fondo de las Naciones Unidas para la población (FNUAP) comenzó su informe mundial del siguiente modo: *“la raza humana viene saqueando la tierra de forma insostenible, dar a las mujeres mas poder de decisión sobre el futuro puede salvar al planeta de la destrucción”*. Pero al mismo tiempo las luchas de las mujeres no pueden ser sólo nuestras. Necesitamos universalizarlas, no dejarlas sólo en manos de las mujeres o reducirla a proyectos marginales propios de instituciones específicas.

Necesitamos insistir en la conexión de las reivindicaciones de las mujeres con el resto de las cuestiones sociales, políticas, religiosas. Necesitamos aprender nuevos modos de ser *persona varón y persona mujer*, nuevas identidades de género. Buscamos *no tanto repartir la tarta sino inventar una nueva receta*. Necesitamos modos de relación y organización más integrales e integradores para no repetir esquemas excluyentes. No queremos seguir reproduciendo dualismos, sino que es necesario buscar la inclusión de toda vida, un modelo más integrador y holístico, en el que tan vital sea la política como la belleza, tan necesario el orden como el afecto. No queremos sólo un mundo organizado, sino también hermoso. No queremos un mundo donde gobierne la razón en exclusiva, sino también con lugar para el sentimiento, un mundo donde la razón compasiva sustituya a la razón meramente instrumental y pragmática para que todas y todas tengamos derecho a la vida en abundancia.

Las mujeres y los hombres de hoy escuchamos el clamor de la humanidad que reclama *“pan y rosas”*, pan para tener *de qué vivir* y rosas para tener *por qué vivir*. Por eso desde la perspectiva de género y las claves feministas intentamos también abordar la cuestión de la paz y la justicia desde nuevas comprensiones que pasan por *hacernos justicia también a nosotras mismas como mujeres* y por seguir insistiendo con terquedad en:

- Rescatar lo femenino como forma de ser, sentir, relacionarnos y cuidar la vida, como una sabiduría que es patrimonio de la humanidad y no puede quedar en exclusiva para las mujeres.

Educar y educarnos, mujeres y hombres, en la ética del cuidado.

- Formar y formarnos en nuevas antropologías más inclusivas, no sexistas y en análisis de la realidad que incluyan la perspectiva de género, que modifiquen esquemas mentales, prácticas, prejuicios y miedos.
- Apoyar y fortalecer redes y grupos que desobedezcan al orden patriarcal transgrediéndolo y en los que las mujeres asuman nuevos papeles y roles sociales y eclesiales, nuevos ministerios y liderazgos: ministerio teológico, el acompañamiento, la responsabilidad en lugares de toma de decisiones, la animación de la comunidad, la presencia pública, buscando no repetir esquemas sino recreándolos.
- Sensibilizar y reaccionar, en lo cotidiano y en lo público, contra la feminización de la pobreza, la violencia de género, el tráfico de mujeres y otras formas de explotación sexual, apoyando iniciativas de lucha eficaz contra ellas.
- Seguir apostando por las alianzas entre mujeres, la solidaridad de género, el empoderamiento, la discriminación positiva,

como herramientas todavía imprescindibles en una sociedad y unas iglesias aún demasiado temerosas de nuestros cuerpos, nuestras palabras y nuestro pensamiento.



La escritora china Amy Tan en su novela "El club de la buena estrella", en un diálogo entre una madre y una hija inmigrantes de origen oriental, en Estados Unidos, intentando hallar respuesta al por qué de la discriminación que continúa reproduciéndose en sus vidas, pese a su ascenso socio-económico, aporta una clave interesante: "Tal vez se deba a que yo te parí y eras niña y a que mi madre me parió y yo era niña. Nosotras somos como escaleras con distintos peldaños que suben y bajan de igual forma. Se acabó, esto tiene que acabar. Lo de no saber cuanto vales no empezó contigo. Mi madre no solo lo que valía hasta que fue tarde, tarde para ella, no para mí".

Ojalá aún no sea tarde para muchas mujeres y hombres que viven sumergidas y sumergidos en el silencio y en la negación de su dignidad como personas.

De nosotras y nosotros depende.

LA MIRADA DE JOSÉ LUIS CORTÉS

